

CALABAZAS



en el trastero

Distopías

CALABAZAS EN EL TRASTERO: DISTOPÍAS

Primera edición digital: abril 2020

ISBN: 978-2-490290-34-5

Autores: Magnus Dagon, Andrés Díaz Sánchez, Enrique Ferrer Pérez,
Xuan Folguera, Daniel Garrido, Luis Guallar,
Sergio Moreno, Miguel L. Navarro, Andrea Prieto, Marc Sabaté Clos,
Martín Salegui, Edgar Segá y Vicente Silvestre Marco

Ilustración de portada: Pedro Belushi

Prólogo: Juan Ángel Laguna Edroso

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

9 Chemin de la Calade, Eyriac

07170 Lussas, France

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CALABAZAS



en el trastero



Distopías

Prólogo

Creo que se puede afirmar sin ser demasiado osado que la distopía es uno de los subgéneros potenciados y propiciados por la literatura prospectiva que más capacidad de angustiar e inquietar al lector espectador han demostrado. El motivo, a mi parecer, tiene su origen en varios elementos complementarios. Por un lado, suele sacrificar el susto y el terror inmediato por un horror más insidioso, el relacionado con la estructura, en este caso social, que nos rodea. En este sentido, emparenta en cierta medida con el horror cósmico, con el cual coincide, en muchas ocasiones, en mostrar la insignificancia del ser humano como individuo, el cual se ve reducido, si no a una mota de polvo en la eternidad del cosmos, sí a un mero engranaje de una maquinaria mayor y talmente ominosa que poco podemos hacer contra ella. De este modo, las atmósferas suelen ser opresivas y generar una angustia vital a la que es difícil escapar.

El segundo grado de horror viene de que esa posición en la que se ve atrapada el individuo, con frecuencia el protagonista de la historia, no proviene de elementos externos e incontrolables en mayor o menor medida, como pudieran ser no ya la inmensidad del universo, sino las catástrofes naturales, las epidemias zombi, las invasiones alienígenas u otros fenómenos que puedan avasallarnos y encarnar una suerte de amenaza externa caída del cielo. Bien al contrario, es el propio ser humano el que ha creado ese escenario de horror haciendo palidecer la máxima de que el hombre es un lobo para el hombre. La crueldad, a veces disfrazada de buenas intenciones, o incluso proveniente de buenas intenciones, de la que es capaz la humanidad consigo misma es espeluznante e insondable, mucho mayor que la de un depredador natural. Constatar que no necesitamos fuerzas externas incognoscibles para complicarnos la existencia es una de las grandes bazas de este subgénero.

Otra, es la cercanía al lector. Aun reflejando una imagen distorsionada en mayor o menor medida, la distopía no deja de ser un espejo en el que examinamos la sociedad de una época o temas universales y atemporales desde un prisma contemporáneo al autor. Es algo fácil de ver en los grandes clásicos, como *1984*, *Fahrenheit 451* o *Un mundo feliz*, y una de las razones que hacen particularmente interesante abordar las distopías en

un número de Calabazas en el trastero, donde trece autores nos van a confesar qué miedos acérrimos están reptando a día de hoy en las mentes de nuestros creadores. En una época en la que la parafernalia post-apocalíptica ha conseguido un puesto de honor en la narrativa fantástica y donde iconos como el Gran Hermano de Orwell han sido engullidos y regurgitados por la maquinaria de la telerealidad y el entretenimiento, es necesario volver la vista a lo más profundo de nuestro imaginario colectivo y preguntarnos qué ha sido de la distopía. ¿Es aún una herramienta válida todavía en narrativa o una mera faceta de nuestra realidad cotidiana que ya no va a ser capaz siquiera de provocar sorpresa?

La cuestión no es banal: después de que la distopía sentase sus bases modernas durante la Guerra Fría entre bloques políticos del Este y el Oeste y después se adentrase en la crítica sistémica (al menos en Occidente) al ganador de la partida, el voraz capitalismo, fue devorada por este y convertida en un espectáculo estético desnaturalizado de su verdadera esencia. Pasada esa adolescencia en la que, como en *Matrix*, se desvía del propio ser humano la responsabilidad para apuntar un dedo acusador a causas externas (tecnología, aliens, catástrofes naturales, llamémoslo Z) bajo una atronadora música pop, hemos entrado en una nueva crisis mundial en la que nuestro Hermano Mayor es de extremo centro y donde la natural disidencia de los adolescentes es mirada con suspicacias propias de los más rancios potentados decimonónicos. ¿Cuáles han de ser entonces las claves del género distópico a día de hoy?

Caído el bloque soviético hace tanto tiempo que los jóvenes ya no saben ni quién es el Che, el fantasma del comunismo sigue siendo agitado con entusiasmo en las televisiones oficiales. Mientras, el paradigma de libertad que simbolizaba Internet puede conducirte entre rejas en menos de 140 caracteres por lo que antes eran chascarrillos comunes de barra de bar o de patio de colegio. Hay un desfase entre la evolución social y la propia sociedad, como si no hubiéramos terminado de sintonizar correctamente nuestro propio mundo. El aquí y ahora no se concilia con la realidad escasamente se amplía la panorámica y el otro gigante, el que no tenía los pies de barro, está siendo pilotado por un grotesco personaje de televisión con tupé y cameos en Hollywood decidido a aplastar el peligro de una Oceanía que ahora lleva turbante y barbas. Por si fuera poco, a la sempiterna amenaza nuclear se suma que se nos termina el petróleo, el carbón y el tiempo para airear la casa y los animales se nos extinguen

mientras las bacterias reciben el título de súper, eso sí, legando la posibilidad de clonar todo lo destruido. Y mientras el paro crece y no sabemos si somos mano de obra de usar y tirar o productos de consumo, el espectáculo continúa con más fuegos artificiales que nunca planteándonos una descarnada pregunta: ¿qué distopía podemos escribir cuando la realidad parece, más que nunca, decidida a superar a la ficción?

Quizás en las siguientes páginas encontremos la respuesta. O tal vez no. Poco importa porque, al final, la auténtica esencia de la distopía es esa: seguir indagando en este constructo que es la civilización para averiguar qué es lo que dice, a fin de cuentas, de nosotros mismos. Así podremos encarar nuestros propios miedos y, explicarlos, de alguna manera, a aquellos que vengan detrás. Si es que viene alguien.

Juan Ángel Laguna Edroso
Noviembre 2017

Hormonas

Por Daniel Garrido Castro

Un día del futuro. Un lugar cualquiera, 21:15 horas

Luca y Anca observan extasiados el increíble paisaje que se presenta ante ellos. Han hecho un largo camino para llegar al gran mirador desde el que se observa todo el valle, con la ciudad al fondo y las montañas poniendo límite al horizonte. La luz cae casi horizontal por la hondonada creando un espectáculo de tonalidades y colores. La vegetación más distante impregna el aire de un dulce olor a flores. Luca inspira de forma profunda, intentando captar todos los aromas.

Lejos hacia el oeste se extiende la gran ciudad, convertida en cien mil puntos luminosos. Luces que conforman un espectáculo a medida que se van encendiendo en su duelo por no dejar espacio a las tinieblas, por no desamparar a los que no quieren dormir aún. Coronándolo todo, un sol anaranjado se esconde a medida que el cielo se torna rojizo, y después violeta, cuando unos últimos rayos dorados luchan inútilmente por quedarse. Como queriendo resaltar la belleza de lo allí expuesto ante la indiferente mirada de la penumbra que se afana en emborronar el cuadro.

En el cerebro de Luca las glándulas apropiadas empiezan a excitarse y liberan las hormonas oportunas. Endorfina y serotonina recorren las venas paulatinamente mientras, hechizado ante el momento y el lugar, piensa que esos últimos instantes del día son los mejores.

Anca observa cómo su prometido saca de la mochila que cuelga a su espalda una pistola, se apunta a la nuca y, en cuestión de un segundo, de un solo «clic», una aguja hipodérmica atraviesa piel, grasa, tendones y músculo hasta llegar a la base del hipotálamo y succionar la sonrisa de Luca.

—¿Ni en vacaciones puedes olvidarte por un momento de la maldita pistola?

—Estaba extasiado por el paisaje, era un momento perfecto para ello.

—Era un momento perfecto para disfrutarlo y abrazarme sin más, para un beso, para una caricia... para nosotros, Luca, para nosotros, ¡joder!

–No te pongas así. Ya sabes por qué podemos tener estos momentos...

Anca baja la mirada y se muerde la lengua tragándose una réplica que no llega a soltar. Se dice a sí misma que no sabe hasta cuándo podrá aguantar.

Residencia Van Dormel, 00:12 horas

–¿Cuánto tiempo lleva fuera? Se me está haciendo eterno, ¡mierda! No sé para qué necesita tanto el fracasado ese. Debería deshacerme de él en cuanto vuelva. Cualquiera otro me traería bastante más en menos tiempo. La culpa seguro que la tiene la estirada de su novieta... Maldita zorra pretenciosa. ¡Que un millar de agujas le acaricien el hígado cada vez que ría! ¿Cuándo demonios tienen que volver esos dos, Akos?

Con un paso elegante pero presuroso, el androide sale de detrás de la puerta y se sitúa frente al sofá que ocupa su propietario, presto a atender sus necesidades.

–En cuarenta y ocho horas estarán aquí, señor Van Dormel.

–¡Dos días! Creo que me paso de benevolente con ese muchacho. –Mira largamente a Akos y se pregunta si llegará el tiempo en que los cíborgs puedan desarrollar de forma natural la sustancia que necesita. Resopla—. El fracasado ese me sale demasiado caro como para buscar a otro. Ah, que tiempos en los que tenía hasta tres contratados... ¡Y dos eran mujeres! Ellas la dan más dulce, ¿sabes, Akos?

El androide permanece con la cabeza gacha. Graba la conversación por si hiciera falta en un futuro. Mientras, Andrei Van Dormel, una masa enorme de grasa, lo mira de mal humor ante el recuerdo de tiempos mejores que se esfumaron.

–Nunca me arrepentiré lo bastante de haber invertido en naves galácticas. La puta burbuja espacial me explotó en toda la cara. ¡Dos días! ¡Mierda! ¡No puedo aguantar tanto! Akos, date la vuelta para que patee tu culo de lata.

El robot humanoide se gira. Al recibir el golpe de aquella obesa pierna exagera la caída ostentosamente.

En el cerebro de Andrei, una liberación de dopamina y noradrenalina acompañan a la risa de cerdo que resuena en la mansión, relajando por un instante el estrés de su propietario.

Un hotel cualquiera, 01:20 horas

Dos cuerpos se estremecen bajo los espasmos de un orgasmo compartido entre las sábanas revueltas. Anca abraza a Luca mirándolo con felicidad mientras las últimas oleadas de placer recorren su cuerpo.

En el cerebro del joven, el hipotálamo libera serotonina a través de la hipófisis que se mezcla con la oxitocina segregada durante el acto amoroso. Son succionadas de su cuerpo junto a otras hormonas por una aguja hipodérmica.

—¿Pero qué cojones haces? ¿No vas a respetar ni estos momentos? Dame esa maldita pistola, ¡dámela te digo!

—Anca, tranquilízate.

—¿Que me tranquilice? ¡Y una mierda! Maldito idiota, ¿no te das cuenta de lo que estás haciendo? —La joven empieza a golpear el cuerpo que minutos antes besaba con cariño a la par que las lágrimas empiezan a acumularse bajo sus párpados—. ¿Es que no te das cuenta? Yo no quiero esto, ¡no lo quiero!

Luca pone la pistola a buen recaudo en un cajón de la mesita contigua a la cama y abraza a su prometida. Minutos después de dejarla llorar, la saca de las sábanas cariñosamente y la lleva de la mano frente a la ventana del séptimo piso.

Abajo, fuera de la cerca del lujoso hotel, se distinguen las callejuelas penosamente iluminadas del barrio obrero. Los escombros y las pilas de desechos se acumulan en las esquinas de las destartadas viviendas a la espera del servicio mensual de recogida de residuos, el único que pueden pagar.

Anca llora impotente comprendiendo el mensaje que Luca le muestra en esa visión.

Dos días más tarde. Residencia Van Dormel, 10:02 horas

—Vaya, muchacho, ¡pero si has traído buen material! Me alegra saber que te pago para algo.

Las manos sebosas de Andrei Van Dormel agarran por turnos los frascos que tiene ante sí a medida que va examinándolos. Se detiene sonriente en uno. Justo el color que buscaba.

—Incluso has traído de cuando os habéis... —dirige su mirada hacia arriba buscando una palabra adecuada— amado. Te has ganado un dinero extra con todo esto. A esa chica y a ti os va bien, ¿verdad?

—Ningún problema, señor.

—¿Tenemos boda a la vista? En esos eventos se puede conseguir mucha mierda de esta. —Van Dormel mira con lujuria sus frascos.

—Queremos casarnos pronto e invertir el dinero en algún negocio que me permita... —No encuentra ninguna palabra que lo exprese de forma suave—. Bueno.

—Sí, muchacho, no te preocupes, lo entiendo. Vender su felicidad no es lo que cualquiera desearía. Aunque es mejor a tener que rebuscar entre la basura que se acumula en casi todas las calles, ¿cierto? Te echaré de menos cuando te retires. Es un coñazo buscar sangre compatible. Bueno, ¡basta de cháchara! Aquí tienes tu dinero.

Luca coge el cheque de las manos de su jefe y procura irse lo más rápido posible. Mientras sale de la habitación escucha la voz de Andrei: «¡Aaah! Felicidad de dos seres que se aman, necesitaba esto», a la par que el chasquido de una pistola inyectora.

—Maldito cerdo yonqui —murmura el joven a medida que camina hacia el exterior.

Residencia de Luca y Anca. 17:00 horas

—Siéntate, Luca.

—¿Otra de miedo? ¿Cuál has elegido hoy?

—No, no vamos a ver ninguna película. Además, a mí no me gusta el cine de terror. Me meto demasiado en la historia y lo paso mal.

Luca la mira sorprendido, extrañado de sus palabras. Últimamente ella ha insistido en ver películas de la misma temática.

—No le vas a vender más nuestra felicidad a ese bastardo. —Luca resopla y vuelve los ojos hacia arriba—. No, Luca, escúchame. No resoples. Estoy cansada.

—¿Te crees que a mí me gusta lo que hago? No sé a qué viene esto y no quiero discutirlo de nuevo ahora.

—No vamos a discutir. Seguramente ese tipo no te vuelva a comprar nada.

—¿Qué? ¿Y por qué no me va a comprar más?

—Si hemos visto películas de horror estos meses, ha sido por una razón. Tengo una pistola. Una como la tuya. Y nuestras sangres son compatibles.

Anca continúa hablando y le cuenta los planes de futuro para los dos. El miedo y el odio también tienen su mercado. Un mercado negro, pero rentable. Mafiosos y extorsionadores pagan bien un producto que les sirve

para ajustar cuentas y no deja huellas. Con alguna venta puntual como ingreso extra y un trabajo normal, pueden subsistir bastante bien.

Residencia Van Dormel. 19:00 horas

—¡Akos, tráeme otro frasco! —Andrei Van Dormel se da cuenta de que tiembla ligeramente. Suelta un suspiro—. Esto me está afectando. Cada vez tengo más mono. Como un vulgar toxicómano...

El androide no tarda en aparecer con una bandeja en la que porta un frasco y una pistola con aguja hipodérmica. Se acerca hasta el sofá de diseño en el que el señor de la casa lo espera impaciente.

—Programame una cita en la clínica hospitalaria, Akos. Quizás deba hacer terapia de desintoxicación. Al menos, que me hagan análisis a ver.

El autómata revisa entre sus datos la agenda de su dueño, se conecta a internet y pide cita con el médico de cabecera. Segundos después sale del micrófono de su cabeza una voz impersonal: «Cita concertada para dentro de tres días, a las 11:00 AM. Programando aviso recordatorio para el día anterior».

Andrei Van Dormel, con la pistola cargada y apuntando a su cuello, aprieta el gatillo. La aguja hipodérmica atraviesa piel, tejido graso y tronco venoso para descargar en el torrente sanguíneo la carga que Anca había colocado entre las que Luca debía vender.

El magnate venido a menos espera el efecto acostumbrado, pero no tarda en notar que algo no va bien. Abre los ojos todo lo que los párpados le dan de sí. Nota cómo su pulso, en lugar de calmarse, se acelera. Empieza a escuchar en los oídos el repicar de su propio corazón. Sensaciones que creía olvidadas recorren su cuerpo. Se agarra el pecho en un vano intento por detener el ritmo cardíaco. Una fina capa de sudor frío empieza a formarse en la superficie de su piel.

Akos, el androide guiado por su inteligencia artificial, nota que su dueño expresa un comportamiento anómalo y graba con su cámara el evento para registrarlo a fin de poder obedecer en un futuro con más premura la orden que pueda venir a continuación. Al mismo tiempo, activa todas sus conexiones a internet y calcula la ruta más corta hacia los distintos lugares de la casa a los que con más frecuencia lo conducen las órdenes del señor Van Dormel.

Adrenocorticotropa junto con oxitocina y adrenalina recorren a toda velocidad venas y arterias del cuerpo de Andrei. La boca se le reseca, sus

pupilas se dilatan y su cerebro procesa información a una velocidad de vértigo. Intenta comprender lo que sucede, pero no es capaz de asimilar el miedo de las sesiones de terror que Anca ha recopilado para él. Busca instintivamente a Akos, intentando aferrarse a un referente conocido y familiar, pero no ve en el androide más que a un monstruo que lo amenaza. Prueba a levantarse del sofá, pero no logra más que caer de rodillas. Al final, en medio de un alarido horrisono, sucumbe al infarto.

Akos observa con la cabeza gacha al hombre. Parece que duerme como otras tantas veces después de inyectarse, así que lo deja estar y se marcha para continuar con sus labores.

Sobre el autor de «Hormonas»:

Daniel Garrido Castro es Ingeniero Técnico en informática de Sistemas. En 2011 fue finalista del Premio Domingo Santos. En 2012 fue seleccionado para el II Certamen de género fantástico: Descubriendo Nuevos Mundos y en la 1º Convocatoria de relatos de horror y ciencia ficción, convocada por Nocte y la revista Exégesis. En 2013 participó en *Bosques*, la II Antología de Relatos Fantásticos convocada por Fantasía, Escuela de escritura creativa, y en *Historias del Dragón*, Antología benéfica editada por Kelonia editorial. En 2014 repitió participación en la III Antología de Relatos Fantásticos convocada por Fantasía, esta vez con la temática La bruma. También resultó ganador de la XII edición de las Microjustas literarias de Ociozero. En 2015 resultó seleccionado en el III Concurso homenaje a John William Polidori, quedando en segundo lugar. También fue seleccionado para aparecer en la antología greenpunk *Chikara: El poder de la naturaleza*, publicada 2016. En 2016 ganó el 2º premio en el II certamen Cápside-CIFICOM, siendo publicado su relato en la antología *La canción de Orfeo y otros relatos de viajes interestelares*.

En 2017 ha sido seleccionado para la antología resultante del V Concurso homenaje a John William Polidori y para la antología *Cuéntamelo otra vez*, de Pulpture. En la revista Calabazas en el Trastero aparece en sus números *Fútbol*, consiguiendo el Premio Nosferatu, *Steampunk*, *Que viene el Coco*, *Casas encantadas* y *Distopías*.